

Leyendas de Tetelcingo

AMALIA MARTINEZ DEL RIO DE ICAZA

Los siguientes relatos fueron recogidos por la Señora Icaza por el año de 1941 en el pueblo de Tetelcingo, Morelos. Se reproducen aquí tal como los narró la informante.

I.—CHICHIME—LAS BRUJAS

Había una vez que habían tres mujeres y tres hombres, y las mujeres les decían a los hombres “Vayan a trabajar”, porque eran vecinos, y siempre cada vez, que iban a trabajar, llevaban los hombres en los tacos sangre humana que chupaban las mujeres cuando salían de noche, y a su vuelta la freían y la hacían en tacos. Dijo un hombre, “Ay hombres, ¿Por qué siempre vienen con sangre los tacos? ¿Qué no tienen siquiera frijoles?” y contestaron, “Esto es lo que nos mandan las mujeres” y se dijeron los hombres “Bueno, y por qué es que de veras nos mandan siempre sangre? Dijo el hombre, “¿Pues ustedes saben lo que andan haciendo las mujeres? ¿Qué es lo que andan haciendo las mujeres?” “Nosotros no sabemos qué cosa hacen”. “Si les contara, pero yo tengo miedo de que se lo vayan a decir a las mujeres, pero yo les voy a decir, a ver si no se enojan. No me vayan a acusar con ellas”. Dicen, “No: cuéntanos”. Dice el hombre “Pues que no le tienen cuidado a sus mujeres?” Dicen “¿Por qué?” “Porque ellas siempre cuando llegan los hombres les dan de cenar y los mandan a ellos a que se acuesten, mientras ellas ponen el nixómetl, y cuando están bien dormidos, entonces las mujeres se invitan, dicen, “Ahora que ya están dormidos los señores compongan la ollita y vámonos”. Entonces aquellas ya tenían sus ollitas a propósito para eso, y decían “Ahora sí, vamos; ya están dormidos”. Y una de las mujeres decía, “Me pasan a traer a mi casa. Yo pongo mucha lumbre”. Las mujeres hablaban a los hombres y si estos no contestaban es que estaban bien dormidos, y ellas se iban. Entonces una de las mujeres ponía mucha lumbre, y luego se quitaba los pies desde la rodilla, se los mochaba, y se ponía las patas de guajolote, y todas hacían lo mismo, las que llegaban. Se quitaban todo el vestido y se

ponían plumas de guajolote, y cuando ya se van a ir, esa mujer brincaba sobre su marido a lo largo y a lo ancho, y luego la ollita ya tenía por supuesto un mecatito, y el mecatito se lo colgaba del cuello, y luego ya se van. “Ya están los hombres bien dormidos; vámonos.” Las piernas las ponen, las piernas de todas las mujeres en las cuatro esquinas, y los pies en medio en donde el marido está bien dormido. Y se fueron. Y tienen ya como una hora y media de que se fueron, despiertan los hombres y se ponen de acuerdo. Se hablan los tres y dicen, “Bueno, pues ya se fueron las mujeres” y se decían “Y ahora ¿qué cosa vamos a hacer si ya se fueron? Ya se fueron, ¿pues qué cosa dejaron?” Dice el hombre de la casa, “Pues ellas dejaron su ropa y sus patas de las tres mujeres.” Dijo uno, “Ya me dá mohina como andan haciendo las mujeres. Ahora para que sepan las mujeres, les vamos a hacer de esta manera. Véngase aquí a mi casa, y yo ya puse la lumbre bastante. Ahora vamos a agarrar cada uno las patas de su mujer, cada quién conoce las de su mujer. Las vamos a quemar en la lumbre, y a ver como vienen”. Y entonces quemaron las patas de las mujeres y las mujeres se quedaron por allá, por donde estaban, a medio camino. Y cuando regresaron, luego luego se enteraron de eso. Ya no podían volar, y nomás se quedaron a medio camino, y cuando llegaron no trajeron nada de sangre, y cuando llegaron, llegaron llorando. Cuando ellas llegaron los hombres ya se habían acostado en sus camas, y también se hacían los dormidos, y las mujeres llegaron y les decían “¿Por qué nos hicieron esto? Despierta que no estás dormido.” Y el hombre dicen que respondía “¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?” “¿Por qué nos hiciste eso? Ya no lo voy a hacer.” Y el hombre decía, “Pues ¿qué les pasa?” y entonces se levanta el hombre. Dice la mujer “Ay tú, mira, tengo vergüenza, pero dime qué cosa me hiciste.” Y el hombre decía, “Yo no te he hecho nada.” Y entonces dice la mujer, “Pues si no me has hecho nada, ¿Qué es de mis pies? Yo aquí los dejé.” Dijo el hombre, “Pues yo no sé cómo dejarías tus pies; entonces ¿cómo andabas?” “Yo te voy a contar” decía la mujer “pero dame mis pies por favor”. Y entonces se para la mujer y le enseña al hombre sus piernas diciéndole “Mira cómo estoy, ¿qué no te doy lástima? ¡No tengo ni pies! Y dice el hombre, “Si yo no tengo la culpa. Tal vez si los dejaste allí, tal vez vinieron los perros y se los comieron”. Y la mujer lloraba porque no aguantaba el ardor que tenía, y tanto fué el ardor que la

mujer se murió, y nomás las tres mujeres se murieron, porque sus pies los habían quemado los hombres.

II.—CUENTO DE PEDRO EL TRAVIESO

Había una mujer quien tenía un hijo y éste no tenía padrino porque todavía no se había bautizado. Entonces la mujer dijo, "Mi hijo es muy grosero y no se quién puede bautizarlo. Mejor voy a decirle al cura que lo bautice." Se fue la mujer a decirlo al cura. Le dice, "¿Qué puedo hacer? Mi hijo ya es muy grande y es muy malo lo que está haciendo. A ver si quiere Ud. bautizarlo."

Le dijo el cura, "Sí puedo bautizarlo; cómo no. Anda a traerlo y que yo le bautice."

Su madre fue a traer al muchacho y el cura lo bautizó.

Desde entonces este muchacho ya tuvo su padrino y lo llamó Pedro. Después se fueron a su casa y aquí el muchacho crecía. Su madre hasta ya no sabía que hacer porque este muchacho estaba completamente grosero.

Un día su madre le dice a su hijo, "Mira, hijo, ya no sé qué hacer contigo. Pegas mucho a los niños y diatiro mientes. Mejor te voy a dejar con tu padrino y ahí estáte." Entonces la madre fue a decirle a su padrino y le dice, "Compadre, ¿Qué haré con este muchacho? Es mucho más grosero hasta que ya no aguanto. Mejor que esté con Ud."

Entonces dice el cura, "Está bien. Que venga conmigo." Entonces Pedro se fué con su padrino el cura. Ahí ya tenía tiempo; ahí ya le alcanzaron las aguas.

Un día su padrino le dice, "Hijo, vé a comprar medio de hay y medio de no hay." Y su padrino le dio medio real. Entonces Pedro tomó un plato y una servilleta. Pasó a llevarse un cuchillo y se llevó aquel medio real. Cuando llegó en una cantina, dijo, "Este medio real, voy a tomar con él y voy a comprar medio de hay y medio de no hay." Entonces pasó a tomar su vino y se fué. Llegó allá adentro de la barranca y allá encontró un nopal y encontró una penca y se sentó. Debajo le quitó sus espinas de un lado y del otro lado no las quitó. Entonces dijo: "Ahora ya están medio de hay y medio de no hay", y dijo, "Voy a ponerlo en el plato. Lo que no tiene espinas mira el plato y lo que tiene espinas va encima y lo taparé con la

servilleta y cuando yo llegue junto a mi padrino le diré, "Aquí está medio de hay y medio de no hay." Y así llegó junto a su padrino y le dice: "Compadre. Aquí está medio de hay y medio de no hay". Y su padrino lo fué a tentar y se espino los dedos y le dice, "¿Qué hay?" Y Pedro le dijo, "Hay, Compadre, pero debajo no hay nada."

.

Entonces dijo el cura, "De veras éste mi ahijado sabe mucho. ¿Qué haré con él? Ahora le diré así. Mañana al amanecer voy a ponerles por nombre a mis calcetines, "chirlosmirlos" y a mis zapatos "tarabitates" y a ver si sabe qué son".

De veras, en la mañana, luego que amaneció, lo llamó a su ahijado, "Pedro, vente. Dame mis "chirlosmirlos" y mis "tarabitates". Y Pedro luego corrió y fué a traerle sus calcetines y sus zapatos y le dice, "Aquí están, Compadre". Y su compadre dijo, "De veras de veras, mi ahijado sabe mucho. ¿Cómo supo que les nombré a mis zapatos "tabaritates" y a mis calcetines "chirlosmirlos"? Pues ahora verá. Ahora le probaré con otro."

.

En la mañana le dice, "Pedro, vente. Toma dinero y compra un pollo y si ya lo trajiste, mávalo, límpialo y pónlo. Pero mira, Pedro. Guárdame sus piernas porque a mí me gustan muchos las piernas del pollo. Pedro se fué a comprar el pollo. Vino y en seguida mató el pollo y lo puso a cocer y cuando ya estuvo cocido le dijo a su compadre el cura, "Compadre, ya se coció el pollo. Y le dice su compadre, "Saca la carne de adentro de la cazuela y allá voy." Pedro llegó y sacó la carne y la puso adentro de la cazuela y dijo, "¿Por qué le gusta mucho a mi compadre comer las piernas de pollo? Yo quiero probarlo también. A ver si de veras son sabrosas." Entonces Pedro agarró una pierna de pollo y la comió. Poco después llegó su compadre y le dice Pedro, "¿Dónde está la carne?" Pedro dijo, "Aquí adentro de la cazuela." El cura vio la carne y buscó las piernas y Pedro dijo, "Nomás una pierna tenía el pollo." Dijo su compadre, "De veras eres muy mentiroso; no hay pollo que tenga nomás una pierna. Todos los pollos tienen dos piernas y tú dices que nomás una pierna tenía. Si quieres vamos a verlas."

Y dijo Pedro, "Donde yo fui a comprar el pollo nomás una pierna tenía. Si quiere Ud. vamos a verlos." Y en aquel día hacía mucho frío y los pollos no se bajaban de arriba de los árboles y porque hacía

mucho frío algunos pollos estaban escondiendo sus piernas. Llegó Pedro con el cura donde estaban los pollos y dijo Pedro, "Compadre, aquí vine a comprar el pollo. Mire los pollos y verá como algunos no tienen dos piernas." Entonces el cura anda mirando arriba y anda viendo los pollos arriba en el árbol y entre muchos pollos había uno que estaba parado nomás en una pierna y lo vio Pedro y le dijo a su compadre, "Compadre, compadre, mire, aquí está uno que tiene nomás una pierna." Y se acercó el cura y le dijo, "Tonto, Pedro, este pollo tiene dos piernas; sólo que nomás con una está parado y para que veas ahora lo voy a espantar y va a bajar la otra pierna." Y dijo Pedro, "A ver, que lo baje." Entonces el cura le dijo al pollo, "Ssst." Entonces el pollo bajó pronto la otra pierna y dijo el cura, "Ya viste, Pedro, cómo tiene dos piernas." Y dijo Pedro, "Ay, compadre, si Ud. le hubiera hecho a aquel pollo 'Ssst' también hubiera sacado otra pierna pero éste como no le hizo nada ni no le hizo 'Ssst' por eso no sacó la otra pierna."

Dijo el cura, "Deveras, este muchacho sabe mucho. El halla todas las cosas y por eso no sé qué haré con él."

Un día dijo el cura, "A éste mejor le voy a poner el sacristán para que lo espante." Entonces dijo el cura, "Le diré al sacristán que vaya a media noche y que se siente en la campana grande y yo mandaré a Pedro a que vaya a repicar a media noche y allá que lo espante el sacristán a ver si con eso se muere."

Entonces llegó el día y el cura le dijo al sacristán, "Ahora a media noche tú vas a sentarte arriba de la campana grande y yo mandaré a Pedro que vaya a repicar a media noche. Cuando ya está él allá, allá espántalo y a ver si con eso lo espantas y ya no nos siga molestando aquí." Entonces a media noche fue el sacristán a sentarse arriba de la campana grande y entonces también el cura envió a Pedro y le dijo, "Anda a repicar, Es media noche."

Entonces llegó Pedro allí donde se repica y arró la campana. La repicó una vez y como allá estaba el sacristán dijo como para espantar a Pedro, "Me caigo y no me caigo." Y Pedro dijo, "¿Quién eres tú? Si vas a caer, cae de una vez." Otra vez repicó Pedro y otra vez dijo el sacristán, "Me caigo y no me caigo." Y dijo Pedro, "Cae, pues, si vas a caer. ¡Andale!"

Otra vez repicó y otra vez dijo el sacristán, "Me caigo y no me caigo." Entonces Pedro le dio mohina mucho y le buscó gritando y

cuando vio donde él estaba, dijo Pedro, "¿Quieres caer? ¡Pues ahora cae de una vez!" Entonces lo agarró por los pies y le estiró y lo aventó hasta el suelo y lo mató de una vez. Entonces el cura oyó que azotó algo y dijo el cura, "Tal vez Pedro mató al sacristán." El cura esperaba otro poquito hasta que llegara Pedro. Cuando Pedro llegó le dijo a su padrino, "Me mandaste que fuera a repicar y a lo mejor allí fui a encontrar algo. Cuando yo primero repiqué, dijo aquel que allí estaba, 'Me caigo o no me caigo, y así me estaba diciendo siempre. Me dio tanta mohina que lo agarré por los pies y lo tiré hasta el suelo. Creo que ahora allí está.'" Entonces dijo el cura en su corazón, "¿Qué haré con este muchacho? Ya me mató a mí sacristán. Ni modo. Y no sé qué haré con él."